

## *Recuerdos de niñez. el Faro del Picacho*

*A mi abuela Milagros, mis tíos Valeriano y María y a mis primos Dolores, Milagros, Pepa y Curro.*

*N*o hay mejor camino a recorrer que los alfombrados, desde la nostalgia, por esas HOJA SUELTAS que van cayendo desde nuestra memoria con el paso de los años, años que suelen engrandecer los recuerdos con la distancia de entrar en las veredas del otoño de nuestras vidas.

Mi infancia está marcada profundamente por mis viajes al Faro a visitar a la abuela Milagros, hablo de finales de la década de los 40 e inicios de los 50, sentimientos que se agrandaron en mi juventud, desaparecida la abuela, con los veranos con mis tíos Valeriano y María y mis primos Milagros, Pepa y Curro. Completé mis vivencias con el Picacho en el año 1965 con mi Servicio Militar en la siempre presente Batería A-15 dependiente del Regimiento Mixto de Artillería número 4 con base en Cádiz.

Pasado el tiempo fui reconstruyendo esos rincones de mi memoria con las hojas sueltas que acompaño a estas líneas rebosantes de recuerdos: La morera, la alberca, la higuera, las tardes en la torre, las bajadas por el camino de tierra hasta la playa, el huerto de mi tío Valeriano, la caza de pájaros con mi primo Ramón.

En aquellos años a caballo de dos décadas, los 40 y 50, ir hasta el faro era una auténtica odisea, cogíamos la barca de vela, bien en el muelle junto al de Riotinto o en el llamado "tiro", en la zona del matadero, para desembarcar en la Calzadilla y seguir caminando hasta Palos. Las "camionetas" de línea hasta Mazagón no existían y debía venir el tío Valeriano en un carro a buscarnos o bien aprovechar algún viaje del coche de Puerto, su chofer Carretero siempre nos encontraba un sitio, lo que convertía el viaje por el camino de tierra rojiza, en una otra novedad, no era habitual subir a buenos automóviles en aquellos años.

Pocas familias vivían por aquél entonces en los alrededores del Faro, Hilaria con su chozo en la acera de frente donde luego se instalaría en los años 60 y aún continúa. La Guardia Civil y los carboneros eran los únicos acompañantes en la soledad que rodeaba el edificio del Faro, hoy engullido por construcciones que limitan su perímetro a unos cientos

de metros cuadrados. Siempre recordaré el día que subí en los años 80 a la torre con unos amigos forasteros y contemple el nuevo paisaje con los pinos talados, las entrañas abiertas en canal con tuberías asomando por las heridas aún sin cerrar, me pasaron como una película mis atardeceres en esa misma torre con un paisaje inmensamente libre para el mar de pinos, arenas blancas y el océano sin límites ni obstáculos. Sin rubor confieso que las lágrimas se me escaparon abundante y largamente.

Recuerdo a un farero muy joven, Don Luís Hernando, cuyos hijos me han encontrado al cabo de los años en las redes sociales leyendo mis referencias sobre Mazagón y luego a su sucesor Don Manuel Maresca que simultaneaba el puesto con la Alcaldía de Palos.

Por aquellos años mi familia vivía dentro del edificio del Faro, posteriormente se les hizo una casa junto a unos de los laterales para ampliar las posibilidades de ocupación de edificio, en verano solían veranear el ingeniero del Puerto y algunos altos cargos que venían desde Madrid con su familia, recuerdo a los Ginestá por sus hijos de edad similar a la mía y con los que encontré una novedad para los juegos infantiles.

Como olvidar mi adorada "morera" confidente de mis sueños infantiles, ni la alberca, ni la higuera en el camino hasta la playa, ni el huerto de mi tío Valeriano en la época de la trilla, cuando me montaba tras los mulos sobre el carrito que la hacía posible dando vueltas en la era. Ni el miedo a las aguas negras de Las Madres con su viejo puente de desvencijadas maderas.

A veces, la tía María nos preparaba algo de comida para que fuésemos hasta "los baños" que no eran otra cosa que los incipientes ranchos de la gente de Rociana, Bonares y otros pueblos de la zona. Lo colorista de las colchas que hacían de tabiques formaba un paisaje espectacular para la vista de un niño fantasioso y falto de novedades. Por el camino nunca faltaba la visita, si la marea estaba baja, al barco hundido, imágenes llena de aventuras inimaginables de piratas y contrabandistas.

Con el tiempo en la playa donde desembocaba la bajada desde el faro se iniciaron los primeros negocios, recuerdo una terraza que creo se llamaba el Refugio de la Puesta de Sol con una pista de baile, inmensa novedad, estaba situada privilegiadamente sobre la duna y cuando el mar presentó sus escrituras se lo llevo junto a otras construcciones que lo rodeaban.

La excursión más aventurera consistía, con el permiso de los soldados, en subir a las torres de vigilancia que, hasta hace unos, años aún

permanecían a la derecha del Faro, en una cota alta y junto a los cañones procedentes del “Príncipe de Asturias” y sobre los Bunkers pegados al camino del nuevo Mazagón con su cine de verano incluido.

En la década de los 60, no podía ser de otra manera, cumplí mi servicio militar en la batería, la odisea de llegar no era cosa menuda teniendo en cuenta que nos existía el puente que uniera la Punta del Sebo con La Rábida. La opción más viable consistía en tomar el autobús urbano que llegaba hasta Colón, tomar la barca de Bocanegra y en ella convencer a algunos de los muchos americanos que trabajaban con la Fluor Hispánica en la construcción de la refinería, generalmente amables accedían y nos dejaban en la obra y desde allí hasta la batería caminando por la interminable “recta” aborrecida por los que teníamos que caminarla con sol, lluvia, frío o calor. Ya en mi último verano militar la empresa Damas instauró un servicio desde Palos hasta Mazagón que, en parte, simplificó esas caminatas.

Tengo tantas recuerdos, experiencias, anécdotas de mi vida en Mazagón que os dejo 7 de las HOJAS SUELTAS de mi publicación “Recuerdos de mi infancia”, son estas: Viaje al Picacho, Amanecer en el Faro, La morera, La torre, Las madres, El barco hundido y Juan.

Que las disfrutéis con el mismo gozo que yo he vuelto a sentir cuando retomo parte de mi infancia entre las paredes de mi querido Faro del Picacho.

**Diego Lopa Garrocho**

HOJAS SUELTAS: *“Recuerdos de mi infancia”*

## *Viaje al Picacho*

Para mí, era un puro júbilo cuando en verano íbamos al faro a ver a la abuela Milagros... en mi mente infantil el faro, era sinónimo de aventuras fantásticas, de noches de temporal y de historias llenas de mar y de distancias...

Era la viva imagen de la impaciencia cuando marchábamos en la destartalada camioneta o en la barca del Tiro hasta Palos... allí, a veces, pasábamos la noche en la casa de La Peana, donde la tía Regina, para luego madrugar y esperar en la esquina del Ayuntamiento la llegada de Carretero con el coche del Puerto...

Que febril ansiedad por el camino rojizo de grava y que miedo al llegar a las Madres con su viejo puente de madera y sus leyendas de ahogados en noches de luna llena para presentir, con la vista fija, el final de la curva y poder divisar la cúpula del faro... Primero eran los destellos del sol que reventaban en ella, como una granada en sazón y luego la línea del mar... difusa al comienzo, firme después, acompañada del trinar de pájaros perdidos y del olor a romero, a retama, a jara, a pinos, a albahaca...

Yo este tramo, lo pasaba en éxtasis de excitación que, solo se rompía, cuando al volver el coche la esquina del faro, veía a la abuela vestida de negro, con su velo, sentada al pasar de los días, junto a la sombra de la morera...



## *Amanecer en el Faro*

La primera mañana todo tenía un sabor distinto... aún quedaban las últimas gotas de rocío cuando marchaba con Curro hasta la higuera que crecía junto al molino, en el camino de la bajada a la playa tocaba los higos con amorosa torpeza, para ver de alcanzar los más maduros que luego me comía camino de la alberca. La alberca, pequeña, encalada y para mí, llena del misterio que me producen las aguas oscuras...

Después de la comida marchaba, involuntariamente seguido por Sultán, hasta el huerto de mi tío Valeriano me detenía despaciosamente, contagiado por el sopor de la hora, en la cañada de la batería, con su herrumbre perpetua, aspirando el frescor líquido del pequeño arroyo, luego seguía, con el perro correteando tras de mí, para enfrascarme en la humilde tarea de sentirme útil, viviendo el inocente trabajo de la recogida de tomates.

En el atardecer, sentado bajo un cielo preñado de estrellas que se insinúan con tímidos guiños, escucho por enésima vez, de labios de la abuela Milagros, la historia del bombardeo del "Cervantes" y la voladura, precisamente la noche de Santa Bárbara, del polvorín de la batería...



## *La morera*

Cerca del faro, una sola morera, vieja y rotunda, pone la sombra fresca de su verde oscuro en el camino pedregoso que, bajando a la playa, se deja ver entre el molino y la alberca.

La palabra rotunda le cuadra como al infinito, como al mar o como a la soledad. Yo la veía, verano tras verano, embarrancando despaciosamente en la playa de la vejez y sentado bajo ella, cubierto por sus hojas, abundantes y frescas, pasadas de sol y de humedad, aprendí a conocerme y a ser yo mismo.

Cuando en las llegadas al faro, la acariciaba con predilección mal disimulada. Sus ramas, vencidas por el peso del fruto, me traían el verso a mi alma y la compañía a mi corazón.

Pasados los años, a veces, se me presenta en horas de soledad, más generosa y más humana que nunca, para llamarme a descansar a la paz de su presencia, como el término dulce y deseado a mi viaje por la vida...



## *La torre del Faro*

*A*lgunas tardes, la tía María me permitía subir hasta la torre del faro. Era este el momento más esperado del día, desde que entraba en el silencio de la puerta que llevaba hasta la escalera de caracol, la fantasía adormecida en mi mente cobraba alas y se mezclaba con el característico olor a sombras y a humedad.

Todo allí me era familiar, las botellas de oxígeno, el sonido circular de mis pisadas sobre los peldaños metálicos y, sobre todo, el saberme en mi propio mundo, alejado –como casi siempre– de todo cuanto me rodeaba, cuando comenzaba a alcanzar la cúpula con un leve jadeo, cubierto de juventud, el abanico de la oscuridad se abría con la brisa multicolor de la luz, multiplicada en sus reflejos con los espejos del faro. Cuantas tardes pasé sentado en el alto mirador del faro. Cuantos sueños... Cuantas historias... Cuantos momentos... Cuantas vivencias...

Allí, acompañado de mi soledad, dejaba resbalar mis pupilas sobre la inmensa llanura líquida de océano, haciendo mío el inmenso abrazo, cálido y enrojecido, del infinito que ardía reventando en llamas.

Las alas de mi fantasía continuaban desplegadas sobre mi imaginación hasta que la voz, ronca y cansada, de la abuela me hacía sentir el frío del atardecer que acompañaba a mi miedo al regreso, miedo que nunca supe si se debía a la oscuridad de la bajada o a la vuelta al mundo de los mayores...



## *Las madres*

Cuando sentados al fuego en las frías noches de invierno navideño, la abuela Milagros me contaba historias, siempre le pedía que volviese a repetir la de las Madres.

Las Madres que escalofrió cuando oía su nombre: Las Madres... y que silencioso temor al pasar sobre su destartalado puente de maderas negras y carcomidas, mientras veías sus aguas turbias mirarme desde el fondo.

Decía la tradición que un pastor buscando una cabra perdida, se había adentrado en una noche de luna llena en las charcas de la ciénaga de las Madres y que allí, aprisionado por fuerzas invisibles, tuvo una muerte lenta y horrible. Esa misma tradición recogía que sus lamentos se volvían a escuchar cada vez que la luna era llena y se reflejaba en sus aguas negras y sucias.

En mi infantil y fantástica mente, el grito del pastor se repetía una y otra vez, entre las paredes altas y húmedas del faro y durante mucho tiempo, asocié la llamada lastimera del pastor, con el sonido metálico de los cencerillos que llevaban las cabras, cuando esto sucedía al atardecer entre las primeras sombras, una extraña desazón se apoderaba de mí, entristeciéndome y dejándome aún más en soledad, una soledad que, solo desaparecía, cuando con paso que comenzaba veloz y acababa en carrera, cruzaba el patio del faro y me iba junto a mi amiga la vieja morera de la puerta principal





## *El barco hundido*

Cuando pasaba los veranos en EL FARO y bajaba hasta la playa, por el camino de tierra entre el molino y la higuera, la sensación de infinita paz que transmitía la salida a la arena inmensamente blanca, como la azúcar decía mi madre, tras bajar las dunas moteadas del verde oscilante de los juncos, mi espíritu se llenaba con los sueños cargados por las fantasías de un niño solitario...

Una de ellas era el BARCO HUNDIDO... si al bajar a la playa paseabas hacia la parte izquierda, en dirección a LOS BAÑOS, la zona donde habitaban los chozos de la gente de Rociana y de Moguer, llegabas hasta donde estaban varados los restos enmohecidos de un viejo barco hundido, inclusive en la memoria de los lugareños. Cuando la marea estaba baja te permitía pasear entre ellos, a mí me infundía un respetuoso temor sentirme parte de los mundos, las sonrisas, las lágrimas, los amores, las nostalgias que, sin duda, habían vivido entre aquellos resto de hierro y madera.

Mi fantasía acariciaba el casco inclinado, medio enterrado bajo la arena, con la superficie llena de conchas, de mohos, de verdín y soñaba con mares ignotos, aventuras sin cuento, travesías inacabadas, noches de tormentas o de lunas en calma. Sabía que allí dentro habían soñado, dormido, trabajado vidas con almas y con las fantasías que siempre he atribuido a los hombres del mar.

La abuela Milagros y mi tía María me explicaban que el barco había embarrancado una noche de invierno, los marineros perdidos en la tormenta, se habían guiado por las luces del faro: 4...2...4...2...4...2... para acabar embarrancados en los bajos de arena cercanos a la orilla.

Un verano no volví a verlo, nunca supe si definitivamente enterrado por movimientos de tierra de las mareas invernales o, lo que siempre creí, puesto a flote por los espíritus de sus ahogados para navegar sin rumbo fijo entre noches de estrellas y fuegos de San Telmo.



## *Juan*

*J*uan... Juan el "mala jacha" le decían y añadían que era un infeliz, un desgraciado, un borrachín Pero para mí, Juan era un hombre al que, si acaso entre los demás y la vida, habíamos hecho un pobre hombre, aunque infeliz, desgraciado o pobre... en definitiva un hombre.

Cada mañana Juan iba al tajo, porque Juan era albañil, envuelto en su pelliza vieja y raída, marchaba a la obra casi sin lavarse, sin ninguna despedida y sin ninguna taza de café. Al atardecer, volvía del tajo hasta la cantina con su barba mísera, su gorra negra de socialista viejo que ni tan siquiera sabe que es socialista, como tampoco sabía leer, ni sabía lo que era el calor de la compañía de una mujer.

Yo apreciaba a Juan. Lo invitaba a un vaso de vino de Moguer en la cantina de La Hilaria y, a veces, compartía su mesa cuando, con el agradecimiento que tienen en su mirada los solitarios, algunos sábados al regreso de la obra, con su mísero jornal a cuestras, quería que le acompañase mientras comía.

En las noches de invierno se sentaba en el faro en casa de mi tía María, cerca del fuego y cerca de mí y entre restallar de leños y en sus pocas palabras, me daba involuntarias lecciones de la amarga asignatura de la vida.

Juan murió solo, igual que había vivido, faltaba al tajo, quizás en eso lo notaron, en que su faena no avanzaba, fueron al bunker abandonado de la playa donde vivía... Y allí estaba en su miserable jergón, con toda su miserable muerte a cuestras.

Yo aquella noche tomé algunos vasos de más en la esquina donde solía sentarse en La Hilaria. Y volví triste hasta la batería, envuelto con el silencioso rumor de la compañía del viejo amigo a quién nadie notaría a faltar...

